

Capítulo 12 - - Examen Oral - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4 Stubbing 3 de julio]

Sebastián

13 de octubre, martes, 14:00 horas

Al atravesar la puerta al final del pasillo, otro examinador tomó su prueba y reemplazó su ficha de madera anterior por una nueva, con fecha de tres días en el futuro. “Vuelve para el examen oral en la hora estipulada. No pierdas tu ficha”, dijo el hombre con tono monótono y aburrido.

Al salir, Sebastián pasó por un área de recepción donde otros aspirantes, que ella presuponía habían aprobado la prueba escrita en un momento anterior, esperaban sentados frente a unas puertas dobles.

Al entrar la chica en la sala de más allá, Sebastián distinguió a los siete profesores que estarían a cargo de su destino. Sentados en semicírculo, cada uno con lo que parecía ser la prueba de un estudiante sobre la mesa curva frente a ellos.

‘Maldita sea’. Esperaba, considerando su puntuación, que el examen verbal fuera completamente independiente de la prueba escrita. ‘Solo verde’, pensó de nuevo, apretando los puños. ‘¿Cómo es que rendí tan mal? Debería haberme preparado mejor. Pero entonces... quizás eso no era realmente factible debido a las limitaciones de tiempo’. Sebastián aprendía rápido, pero incluso ella no podía compensar seis años de entrenamiento y aprendizaje enfocado que había sacrificado a cambio de supervivencia y ocasionalmente de algún conocimiento que lograba obtener y pagar con lo que encontraba. ‘Hasta ahora, ni siquiera he podido pagar los libros de estudio que compré’.

Al regresar a la Mansión Dryden, se encerró en su habitación y volvió a estudiar, intentando con ansiedad recordar las preguntas del examen para determinar en cuáles había fallado.

Dryden llamó a la puerta justo al ponerse el sol. “¿Cómo te fue?”

“Lo pasé. No con un margen muy grande. La segunda parte es en tres días, así que tengo que estudiar”, contestó sin dejar de escribir en el papel suelto frente a ella, el que trataba sobre montar un grifo hacia Paneth. Estaba segura de que había fallado esa respuesta.

Él guardó silencio unos segundos, suficiente para que ella ya lo hubiera descartado en su mente. “Ven a cenar”, dijo.

“No tengo tiempo. ¿Puedes enviar a alguien con una bandeja? Comeré aquí.”

“No. Ven a cenar, Sebastián. Dudo que cualquier conocimiento que puedas acumular en los próximos tres días—mucho menos en los siguientes treinta minutos—haga una diferencia significativa. Necesitas alimentación para mantener la stamina, y Sharon y los demás trabajaron arduamente en esta comida, en parte para felicitarte. Además, podemos conversar sobre las mejores formas de comportarse en una entrevista mientras comemos. Mientras hayas aprobado, el jurado de profesores tiene total autoridad para decidir si te admiten, así que todo se tratará de impresionarles. No solo con tu conocimiento, sino también con tu manera de comportarte y la forma en que respondes sus preguntas.”

Sebastián se levantó sin dudar un instante, caminando a paso firme frente a Dryden y bajando por el pasillo hacia las escaleras. Miró hacia atrás sobre su hombro, donde él aún permanecía. “¿Qué estás esperando? Vamos a comer.”

Con una pequeña carcajada, él la siguió.

“Cuéntame sobre el examen oral. ¿Debería entrar en detalles auxiliares al responder, o mantenerlo conciso? ¿Harán preguntas específicas para confundirme, aquellas sin respuesta correcta, o buscan un tipo muy concreto de respuestas, en lugar de soluciones basadas en la lógica? ¿O serán preguntas para averiguar más sobre mi fondo y carácter, en lugar de mi conocimiento?”

Aún con una ligera sensación de diversión en su voz, respondió, y la cena se prolongó más de lo habitual debido a la abundancia de conversaciones que mantuvieron durante ella.

Tres días después, Sebastien regresó a la Universidad. Ella se encontraba sentada en el área de recepción, señalada en su ficha, observando cómo cada posible estudiante entraba por las dobles puertas frente a ella. Ninguno que ingresaba volvía por la misma puerta, probablemente para evitar que los demás cuestionaran a quienes ya habían pasado acerca de lo que los profesores habían pedido.

Repasó cada tema que pudo recordar y rememoró las enseñanzas de su abuelo sobre confianza y porte. “Nunca dejes que vean tu debilidad, muchacha”, susurraba su voz en su mente. Dryden estaría de acuerdo con él.

Cuando finalmente llegó su turno, abrió las puertas con decisión, con la barbilla en alto, y su mirada recorrió la sala con firmeza. Cerró las puertas tras ella y caminó hacia el centro, ni demasiado rápido ni demasiado despacio. Se esforzó tanto en concentrarse que estuvo a punto de canalizar a Will, a pesar de no disponer de un hechizo para lanzar.

“Declara tu nombre”, llamó en un tono aburrido el profesor en el centro.

“Sebastien Siverling”, afirmó con naturalidad, dejando que las palabras fluyeran suavemente, como si el nombre realmente fuera suyo.

Los demás profesores, salvo Thaddeus Lacer, quien se sentaba en el extremo de la mesa más alejado de la puerta y estaba hojeando el examen frente a él, la observaban con diferentes niveles de interés.

“Green cinco-quince”, dijo el profesor en el centro.

Un par de ellos fruncieron ligeramente el ceño, perdiendo la escasa curiosidad que aún mostraban.

‘Ya están cansados’, se dio cuenta, al notar sus expresiones pálidas y la manera en que se recargaban en sus sillas o cruzaban los brazos sobre el pecho. La única que parecía permanecer completamente alerta e interesada en su examen escrito, más allá de la puntuación, era la profesora Lacer. Aunque no eran los únicos profesores encargados de las pruebas orales, con la cantidad de aspirantes, bien habrían estado haciendo esto semanas antes, y seguramente habían hablado con cientos, quizás miles de estudiantes antes que ella. ‘Este no es el mejor momento. Es probable que hubiera sido mejor si fuera más temprano en la fila’, pensó con un nudo en el pecho.

El profesor más cercano a la puerta, un hombre con sobrepeso y barba trenzada con elaborados giros, habló de repente. “Enumere todos los elementos naturales básicos conocidos y sus interacciones habituales”.

Sebastien respiró hondo, en parte para ganar tiempo y organizar sus ideas. “Los elementos naturales básicos son cobre, plomo, oro, plata, hierro, carbono, estaño, azufre, mercurio, zinc...” Continuó hablando hasta quedarse sin aliento en el último elemento, “...y celerio.” Tomó otra respiración profunda y empezó a explicar las interacciones comunes. Dryden le había asegurado que presumir un poco nunca está de más, y mientras no exagerara, solo le ayudaría a reforzar su apariencia de joven adinerado de una familia lo suficientemente rica para costearse la Universidad. “El hierro y el oxígeno reaccionan juntos, generalmente en presencia de agua, formando óxido o herrumbre. Esto es un tipo de corrosión. Cuando se expone a una fuente de calor potente, una fuente de carbono como la madera reaccionará junto al oxígeno y combustará, creando fuego que libera calor, luz y otros productos oxidados como humo y ceniza. La ceniza de la madera contiene sosa, que puede filtrarse en agua y calentarse con grasa para crear un jabón, que es un tensioactivo, es decir, el nuevo elemento se disolverá tanto en agua como en aceite.” Continuó durante varios minutos, deseando tener un método más organizado para recordar las interacciones elementales en lugar de simplemente vomitar lo primero que le viniera a la mente.

El instructor la detuvo antes de que terminara. No dio ninguna señal de satisfacción, pero tampoco pareció insatisfecho. “Eso es todo de mi parte,” dijo.

La próxima profesora se inclinó hacia atrás, cruzando los brazos frente a su pecho y observando a Sebastien con ojos de un verde sorprendentemente brillante. “En las Islas Coldpine, los monjes fortalecen sus cuerpos hasta que una espada se rompe contra su piel y sus dedos pueden cavar una escarpa en la piel de un weta de tierra. No usan brujería, magia ni artefactos mágicos de

combate para lograrlo. Dime cómo lo hacen.”

Sebastien la miró en blanco. Nunca había oído hablar de las Islas Coldpine ni de los monjes allí. Volvió su concentración hacia adentro, pensando con furia. ‘¿Cómo podría alguien usar magia, pero no brujería, hechicería ni artefactos de batalla, para mejorar su cuerpo así?’ Sabía que no podía dudar mucho tiempo si quería impresionar a las profesoras, pero realmente no tenía idea. “Entrenan intensamente,” dijo en voz alta, intentando sonar segura, “desde una edad temprana. Durante su entrenamiento, impregnan sus cuerpos con magia hasta que esta se une a la carne misma. Yo...” Se aclaró la garganta incómodamente. “Imagino que hay varias maneras de hacerlo. Cantos repetitivos para reunir magia mientras practican, bestias luchando en un combate encantado que imbuye al vencedor con la fuerza o características del perdedor, o incluso glifos tallados en sus cuerpos para absorber energía de su entorno.”

Los labios de la mujer se estrecharon. “Imaginaste. No sabes.”

Los hombros de Sebastien se tensaron aún más y se inclinó con una reverencia superficial, con su cabello rubio a la altura de la barbilla cayendo frente a su rostro. “No sé. Pero estoy ansiosa por aprender.”

Los labios de la mujer perdieron parte de su tensión. “No tengo más preguntas.”

Sebastien reconoció a la próxima profesora en la fila. Era Munchworth, el hombre con quien ella y su padre habían ido a reunirse cuando llegaron por primera vez a Gilbratha, esperando que él estuviera dispuesto a patrocinarla en la Universidad o al menos a recomendarla amablemente con los demás profesores.

En cambio, él les había puesto una mueca y se había burlado de ellos. Su cabello canoso estaba grueso y peinadamente peinado hacia atrás, pero su barbilla era débil y siempre tenía un tic nervioso, alguna parte de su cuerpo se movía constantemente.

Sebastien tuvo dificultades para evitar que sus propios labios se tiraran hacia atrás en una mueca de desprecio. No estaba segura si logró hacerlo completamente, juzgando por la expresión agría del rostro del profesor Munchworth.

“¿Quiénes fueron las figuras más influyentes en las escaramuzas fronterizas de los últimos cincuenta años?”

“Thaddeus Lacer, Raisa—” Se interrumpió cuando el profesor al final bajó las hojas de examen y levantó su cabeza al escuchar su nombre.

El profesor Lacer miró hacia el profesor Munchworth, con lo que pudo haber sido una sonrisa muy tenue en los labios.

Ella tragó saliva y continuó, enumerando a varias personas.

El profesor Munchworth no quedó satisfecho. “¿Cuáles fueron las causas del éxito y la eventual caída del Tercer Imperio?”

Esta pregunta requería más reflexión. No había leído sobre el Tercer Imperio en preparación para la prueba, pero recordó que su abuelo hablaba sobre esa época. “El Tercer Imperio surgió más allá del hielo del norte hace unos trescientos años, cuando los enfrentamientos entre los países de este continente apenas se habían calmado, dejando a nuestros ejércitos débiles y a muchas de nuestras ciudades luchando por proveer alimentos desde campos y huertos arrasados. El Emperador de Sangre fue uno de los taumaturgos más poderosos de la época, un Archimago con maestría en varias artes, incluida la magia sanguínea, que era la marca distintiva de su Imperio. Sus ejércitos estaban bien entrenados, bien armados, y no teníamos una buena defensa contra las magias de sangre, que diezmaron nuestras fuerzas solo para fortalecer las suyas con el Sacrificio.”

Thaddeus Lacer observaría con interés.

“El Tercer Imperio gobernó todo el continente, incluyendo Lenore, durante más de cien años, aplastando implacablemente las primeras rebeliones,” continuó ella. “El Emperador de Sangre dio gran importancia a los avances en la magia y se le atribuye una gran parte de la evolución moderna de la hechicería. Tras la desaparición del Emperador, una lucha por el poder entre sus generales desestabilizó su régimen. Los países del continente, que habían prosperado gracias a las iniciativas del Emperador de Sangre para difundir una magia organizada y habían vuelto a crecer en poder bajo su mandato, se unieron para derrocar al Tercer Imperio. Intentaron formar un Consejo, pero las disputas internas dividieron el grupo, causando que nuestros países se separaran. La mayoría de los miembros del Consejo todavía estaban de acuerdo en prohibir la magia de sangre, después de lo cual limpiaron el continente de las abominaciones del Emperador de Sangre y de aquellos que practicaban esa hechicería.”

El ceño de la profesora Munchworth se había oscurecido progresivamente mientras hablaba. “El Tercer Emperador no desapareció. Falleció a manos de un asesino lenoreano. ¿Y en cuanto a sus avances en la magia? Aprobó horribles experimentos con humanos, con niños. Sangre y entrañas fluían por canales desde la puerta de su palacio. No merece ningún crédito por nuestros progresos actuales. Me pregunto, ¿no podrían haber sido la familia Siverling en condiciones de pagar tutores competentes?”

Sebastien reprimió con esfuerzo las palabras enojadas. “Disculpe si he hablado sin pensar. Soy el único miembro restante de la familia Siverling, y estoy segura de que mis tutores hicieron lo mejor que pudieron,” afirmó, esperando que el hombre se sintiera lo bastante incómodo como para evitar nuevos ataques.

“Hmph. Ordene las innovaciones mágicas de los últimos doscientos años por su importancia,” exclamó con orgullo, levantando las cejas.

Sebastien quiso borrar esa expresión de satisfacción de su rostro, aún más porque sabía que él la había atrapado. Aunque algunas innovaciones destacaban, ni siquiera podía asegurarse de haber listado todas las de los últimos dos siglos, mucho menos ordenarlas por su mérito. Hizo su mejor esfuerzo, pero su pecho se contraía con cada pequeña sonrisa de Munchworth.

Al terminar, él se recostó en su silla. “Totalmente equivocada. No tengo más preguntas.”

La profesora que la sucedió tenía el cabello corto y las uñas cortas, y sus dedos y antebrazos estaban cubiertos de cicatrices de cortaduras y quemaduras—todos signos de una alquimista consumada. Su pregunta confirmó la sospecha de Sebastien. “¿Cuáles son las partes útiles de un caracol gregoriano?”

“¡Todas!” respondió Sebastien de inmediato.

La profesora Lacer soltó una pequeña risita de diversión.

Sebastien se apresuró a aclarar. “Generalmente, todas las partes de un animal mágico tienen alguna utilidad. La mucosidad puede usarse como espesante en la mayoría de los ungüentos y lociones, especialmente en las destinadas al rostro. La concha puede molerse...” Su explicación se quedó en el aire mientras la profesora levantaba la mano.

“Tienes razón, no hace falta que sigas,” dijo la mujer. “Lista tres pociones de combate.”

“Nube de humo, fuego líquido y...taponador de heridas.”

“¿Taponador de heridas?”

“No es una poción ofensiva, pero sigue siendo muy útil en el campo de batalla. Permite a los soldados esperar atención médica sin morir por hemorragias en ciertos tipos de heridas.”

“No tengo más preguntas.”

El hombre que estaba a su lado llevaba brazales defensivos y una armadura hechizada, incluso en la seguridad de la Universidad, y parecía capaz de caminar con los dedos sin esfuerzo. “Si el Emperador de Sangre aún estuviera vivo hoy, ¿cómo lucharías contra él?”

“Yo no,” respondió sin pensarlo demasiado, sin considerar cómo serían recibidas esas palabras.

Los profesores se desplazaron, mientras en sus rostros se dibujaban cada vez más las arrugas de la preocupación.

La profesora Lacer había dejado por completo su prueba y ahora la observaba con atención.

"Estúpida, idiota, imprudente", se reprochó mentalmente. "No estás en una lección con el abuelo. No puedes simplemente dejar escapar tus pensamientos sin censurarlos. Este examen determina tu futuro." La presión claramente le estaba afectando más de lo que parecía. Pensó rápidamente en una explicación razonable para lo que había dicho. La verdadera razón —temerosa, sensata y racional— era el miedo a una figura que no solo podría matarla, sino incluso usarla como componente en un hechizo vivo. Probablemente, eso habría resultado en que la hubieran rechazado y expulsado. "No tengo experiencia en combate. Si intentara luchar directamente contra el Emperador de Sangre, moriría en ese instante", intentó decir, esperando que no sonara demasiado mal.

El profesor con armadura no parecía convencido. “¿Entiendes que la ley de la Corona establece que todos los taumaturgos con licencia deben oponerse al uso de la magia de sangre y enfrentarse a sus practicantes?”

Sebastián colocó las manos a los lados, conteniendo el impulso de apretar los puños por la frustración. “Por supuesto. Estoy dispuesta a cumplir con mi deber y, si no hay otra opción, luchar directamente contra cualquier practicante de magia de sangre. Sin embargo, si el Emperador de Sangre llegara a presentarse ante mí, creo que lo más efectivo sería alertar inmediatamente a los Cónsules y a las autoridades locales, quienes podrían tener alguna posibilidad de actuar contra él.” La verdad, en gran medida, era esa, aunque ella estaba dispuesta a usar magias menores de sangre, como el hechizo del mensajero cuervo. Esa acción había sido cruel, ciertamente, pero nunca sacrificaría a un humano ni perseguiría otros hechizos malignos que permitiera la magia de sangre. El Emperador de Sangre sería un peligro para todos. Solo que no era tan necia como para arriesgar su vida sin beneficios. Encontraría una forma de reportar el peligro una vez llegara a la ciudad más cercana a Gilbratha.

El hombre cruzó los brazos y se recostó en su silla, todavía frunciendo el ceño. “¿Cuál es el recurso más importante para un ejército?”

¿Es esta una pregunta tramposa? —pensó ella—. En voz alta, respondió simplemente: “Magia.” Con ella, se pueden proporcionar todos los demás recursos, aunque, por supuesto, no sin costo alguno.

Su ceño no desapareció. “He escuchado suficiente.”

El siguiente profesor, un hombre delgado y de piel oscura, llevaba gruesas gafas con montura de oro, repletas de pequeños botones y diales, un artefacto de algún tipo. “Si mezclas luz roja y luz verde, ¿de qué color ves cuando iluminas esas luces sobre superficies pintadas de negro, blanco, rojo y verde?”

Su corazón se hundió. Sabía que mezclar luz era diferente a mezclar pintura, y eso era todo lo que entendía al respecto. Se esforzó en dar la mejor respuesta posible, pero el profesor simplemente sacudió la cabeza cuando ella terminó.

“¿Qué harías si el glifo de contención en un artefacto de caja fría, destinado a la conservación de fluidos, se dañara? Por favor, menciona los peligros a los que te enfrentarías.”

Dryden había parecido confiado en que no preguntarían cosas que un hechicero sin entrenamiento no pudiera responder, pero ciertamente esto era conocimiento práctico que ella no había podido obtener legalmente. Aún así, hizo lo mejor que pudo para responder, y una vez más, fue juzgada con una negativa cabeceo de decepción.

Sus dedos temblaban. Presionó las puntas de los dedos contra los lados de sus piernas para disimular cualquier signo externo de su angustia.

El hombre dirigió su mirada, oculta tras los cristales, hacia la profesora Lacer, entregándole silenciosamente la última parte del interrogatorio.

Lacer la miró en silencio durante un tiempo excesivamente largo, tanto que incluso los profesores parecían encontrarlo extraño, lanzándole miradas curiosas o irritadas. Finalmente, agitó la mano como señal de relajación.

Sebastián saltó al notar cómo se movía el muro tras ella, una pancarta se deslizaba para revelar una pizarra negra giratoria montada sobre un eje. ‘¿Existe alguna especie de hechizo de monitoreo vinculado a la pizarra, esperando que él la señale para activar el panel deslizante?’ Intentó no dejar que sus ojos se abrieran demasiado.

“Enséñame cómo crearías una bola de fuego de color azul que siga tus pasos, flotando sobre ti y ligeramente detrás, evitando el contacto con obstáculos o seres vivos,” dijo, señalando la vara de tiza atada a la orilla de la pizarra. “Puedes usarglifos para indicar los componentes o sacrificios necesarios.”

Se acercó a la pizarra y tomó la tiza. La estructura para un hechizo así sería complicada, especialmente con todas las condiciones que él había incluido. Nunca había hecho algo similar antes.

“Tienes dos minutos,” añadió el profesor Lacer con tono aburrido.

Sebastián todavía no comenzó a dibujar. Un error significaría borrar partes y volver a dibujarlas, lo que le haría perder aún más tiempo. Cuando tuvo una idea básica, dibujó el círculo principal, no mayor que su puño, y luego un triángulo dentro de él. Lo conectó a un círculo de componente casi tan alto como ella, destinado a captar el calor del ambiente, y si era así, también la luz, como sacrificio para la llama. No le quedaba tiempo para crear instrucciones detalladas para la producción del fuego, simplemente inscribió los glifos para “luz” y “fuego” en los círculos, que no eran perfectamente redondos ya que no tenía más herramientas que la propia tiza. Esa fue la parte más sencilla del hechizo.

Escribió instrucciones para el comportamiento del fuego dentro de un anillo alrededor del círculo principal, usando palabras completas y no solo glifos ni símbolos numerológicos. Estaba algo desordenado, pero necesitaría textos de referencia para crear la estructura, de lo contrario.

“Detén,” ordenó Thaddeus Lacer.

Cogiendo la tiza de la pizarra, Sebastián observó el caos desordenado de la estructura hechicera frente a ella y sintió ganas de llorar. Seguramente, esto no podía ser lo que él quería. Solo seguiría detrás de ella si llevaba la pizarra, y no estaba segura de si su método para hacer flotar la llama fuera del círculo principal y sobre su cabeza iba a funcionar. Pero con solo dos minutos, ¿cómo podría hacerlo mejor?

“¿Tienes experiencia como hechicero?” preguntó.

‘¿Es esa una pregunta trampa?’ Se volvió hacia él. “Practicar magia sin licencia es ilegal,” dijo. “Pero, de niña, tuve un... maestro, que me hacía demostraciones prácticas realizando los hechizos que me enseñaba.” Era parcialmente cierto, al menos. Una evasión en lugar de una mentira descarada.

El profesor Lacer era inexpresivo, pero el profesor Munchworth resopló y dijo, “Si alguna vez tuviste un maestro, o era incompetente, o tú eres un ignorante. Tu conocimiento de los conceptos básicos está disperso y desarticulado. Cuando no sabes la respuesta correcta, intentas inventarla desde cero. Es un pensamiento torpe que termina con la muerte de quienes te rodean. Tu actitud deja mucho que desear. Creo que ya he escuchado suficiente. Paso a la votación.”

El profesor Lacer aún la observaba con aquella mirada sombría, pero no pronunció palabra alguna.

Cuando nadie protestó, Munchworth continuó: “Tres votos en contra equivalen a un rechazo. ¿Todos a favor?” No levantó su propia mano, ni tampoco lo hizo el hombre que le había preguntado sobre enfrentarse al Emperador de Sangre o el que llevaba gafas con artefactos.

El profesor Lacer tampoco se movió, pero siguió fijando su mirada en ella.

‘Cuatro en contra,’ contó en silencio Sebastien. Su corazón cayó a un ritmo vertiginoso, como una piedra en su estómago revuelto. Permaneció allí unos momentos, mientras la sala se difuminaba ante sus ojos y tuvo la sensación de que podría desmayarse. La vergüenza y el horror luchaban por dominar su alma. Si no lograba ingresar en la Universidad, ¿cómo podría saldar su deuda con Katerin? ¿Cómo aprendería magia? ¿Cómo podría transformarse en algo más que su frágil intento desesperado de adquirir conocimientos y poder, que había marcado su vida durante los últimos seis años?

El calor surgió desde su vientre, haciéndola sentir su corazón latir con fuerza. “No,” afirmó simplemente.

El profesor Lacer se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa y entrelazando sus dedos frente a su boca. “¿Qué fue eso?”

“No,” repitió ella, firmemente. “No pueden fallarme. Tengo derecho a aprender aquí. Puede que todavía no tenga la base necesaria, lo sé. Por eso estoy aquí. Tampoco tengo las conexiones sociales de algunos de sus otros alumnos.” Miró al profesor Lacer, pensando en el niño grosero y rico, a quien nunca habrían tratado de esta forma. “A pesar de ello, poseo lo verdaderamente importante. Puedo aprender lo que me pongas por delante, con solo un poco de tiempo y los recursos adecuados.” Ella añadió—

“¡Silencio!” Esta vez, fue el artificiero quien habló. “Nuestra decisión ya está tomada. No menosprecies a este consejo si deseas volver a presentar tu caso con nosotros el próximo año. Quizás para entonces, hayas aprendido lo suficiente para aprobar nuestro examen.”

Sus palabras no lograron doblegarla; más bien, avivaron la ardiente ira que ardía en su interior. La pequeña parte de ella que gritaba por rendirse y ser cautelosa quedó completamente extinguida. “No,” repitió, y su voz se volvió más profunda, áspera por el furor.

El rostro del artificiero se fijó en una expresión de furia, y esa mano se adentró en el bolsillo interior de su chaleco, sacando una varita reluciente. Con un simple gesto, sintió cómo una ola de quietud la envolvía, haciendo que el aire se volviera denso, como si estuviese inmersa en una burbuja acuática. Ningún sonido la alcanzaba.

‘¿Ahora ni siquiera me dejarán suplicar?’

El profesor que se encontraba más cercano a la puerta se levantó y la abrió, haciendo señas a uno de los examinadores que estaban afuera, seguramente para que vinieran y arrastraran a la joven como a quienes sorprendieron copiando en el examen escrito.

‘Se acabó,’ pensó, con la misma desesperación que sentiría si alguien le dijera que nunca volvería a caminar. Y luego, una última vez: ‘No. Si no puedo decirles lo que pienso, se lo demostraré.’ Volvió su mirada hacia el desorden que había causado, y con un potente golpe de su Voluntad contra el mundo, activó su creación.

Estaba demasiado cerca del Gran Círculo, y sintió un escalofrío inmediato al comenzar a extraer calor de su cuerpo. Se acercó aún más, abarcando con la mayor parte de su ser el alcance de la magia. Necesitaba calor intenso para encender una llama suficientemente azul. Concentró su mirada en un punto en el aire, justo por encima de ella, dirigiendo la energía de la magia. Una pequeña chispa estalló en el vacío, como suspendida en el aire.

El arreglo de conjuros con tiza brillaba con la energía desperdiciada, y ella apretaba aún más con fuerza, hasta que lo único que ocupaba su mente era el fuego. La esfera que debía alimentar la llama se oscureció como una burbuja de sombra que envolvía la mitad de la pizarra, la mayor parte de su cuerpo y el aire circundante. Pero la llama aumentó su brillo, pasando del naranja al amarillo, y luego al azul. Ella tembló con fuerza, pero se obligó a mantenerse en pie y a apartar de su mente aquella visión.

La llama se aproximó flotando y comenzó a girar alrededor de su cabeza. Cuando dio un paso, ella la siguió con la mirada.

Ella la dirigió nuevamente a su alrededor, forzándola a evitar su mano mientras la alcanzaba con un gesto, el calor—un contraste marcado con sus dedos helados—quemaba incluso a unos centímetros de distancia.

Ella se volvió hacia los profesores, dándose cuenta tardíamente de que el hechizo de silencio se había disipado. “Yo tengo la Voluntad,” dijo simplemente. Soltó la llama, que se extinguió de inmediato. Sus piernas entumecidas cedieron y se desplomó suavemente en el suelo, quedando sentada y observando la semicircunferencia de los profesores, algunos de los cuales ya se habían levantado. La puerta seguía abierta, olvidada por el profesor que había estado llamando a un supervisor, y un grupo de aspirantes miraba hacia la habitación.

El profesor Munchworth la miró con enojo. “Vete. Estás expulsada del examen. No vuelvas—”

El profesor Lacer, aún sentado, aclaró su garganta. “Estoy anulando la decisión del panel.”

Los demás se voltearon hacia él, claramente sorprendidos.

Antes de que alguien pudiera hablar, continuó. “Creo que recibo una de esas decisiones cada año, ¿verdad? Será él.” Volvió su mirada hacia Sebastien, cuyos extremidades, excepto sus pies, que estaban fuera del alcance del Gran Círculo de Sacrificio, empezaron a quemarse.

Casi no le quedaba fuerzas para temblar.

“Deberás tomar uno o dos cursos que yo misma determine cada período. En este caso, será mi clase, Conjuros Prácticos basados en la Voluntad. No tomarás más de seis clases en el próximo período. Mi autoridad en esto, y en todas las demás áreas de tu educación formal, continuará durante toda tu estancia en la Universidad, y se te exigirá demostrar tu competencia para mantener tu condición de estudiante. ¿Aceptas?”

Ella ni siquiera vaciló. “Acepto.”

Él asintió, ofreciéndole la sonrisa más contenida. “Bienvenido a la Universidad. Ven a verme después de la primera clase. Ahora, vete.”

Revision #1

Created 17 June 2026 23:55:56 by Edward Elric

Updated 17 June 2026 23:55:59 by Edward Elric